

El préstamo de Apeliotes

Beatriz LACALLE USTÁRROZ*

*Hay mujeres tan limpias que ensucian todo lo que no tocan.
Ellas mismas lo repiten a todas horas.
Iñaki Desormais. Diario de Noticias, 17 de julio de 2008*

Empujando el cristal, a media asta como el viento del sureste a la amarilla colza, apenas sin resignación, Tomás de Carlos Hinojosa entró en la casa pública de la cultura, o b-ib-lioteca. Dio unos pasos hasta el mostrador de préstamo, por penúltima vez.

—Buenas tardes Tom, ¿te pongo el libro de J.M. Coetzee, *Mecanismos internos*, para que comas mejor? —dijo una mujer con pinta de perra Chow Chow y trenzas caoba oscuro, tras el mostrador.

—Dos niñas con caramelo en las manos (y en sus tripitas lunares) entraron en la sala con muchas ráfagas de frescor otoñal y adivino, cada una.

—No, mañana o el lunes, ya me lo prestarás si sigue disponible. Todavía me sigue arullando por la noche Ángel González: “De vuelta de una gloria inexistente”.

69

—Como quieras.

Y dejó su maleta de cuero sobre el mostrador, con costumbre y poco ruido.

Ella se acomodó en la silla giratoria, bajo el resplandor de la pantalla del ordenador, haciéndole el mismo caso que a su hermano cuando irrumpe en su cuarto mientras contesta correos electrónicos: mirándole con los oídos. Tenía los pies fríos y los movía, mostrando las friegas que le daba el final de octubre.

—Hace diez minutos que he dejado trece años de apuntes sobre escritura literaria (ocho folios) en el sofá —dijo él—. Después de publicar un par de poemarios y una novela corta, los del Ayuntamiento me empezaron a tratar como si fuera escritor. Por eso me hice fontanero. Pero te diré algunas cosas que anoté en dos talleres con Luisa Etxenike y Espido Freire, porque tú quieres escribir...

A ella le regaló la esperanza. Le gustaban los regalos que no se pueden envolver. Ambiciosa como la sinfonía.

—Sí —dijo la bibliotecaria. Y pensó: mi oblongo trapecio todavía resbala en las estructuras circulares y en los comienzos a fondo perdido, de una manera clara. Y recordó unas palabras

* Biblioteca Pública de Irurtzun

de Horacio Quiroga: “todo es empezar”. Pero claro, se refería a que las primeras palabras no son tarea banal. ¡Tampoco las primeras novelas! O quizás todo fuese subirse al tiempo con un folio, un bolígrafo, dos castañas a modo de fuel.

De repente alguien le tiró de la chaqueta, y le mostró un dibujo y un papel. Tenía ocho años y como tarea, unas líneas sobre su papá. Le pidió ayuda, y también modificó su tarde con un beso de rocío manchado.

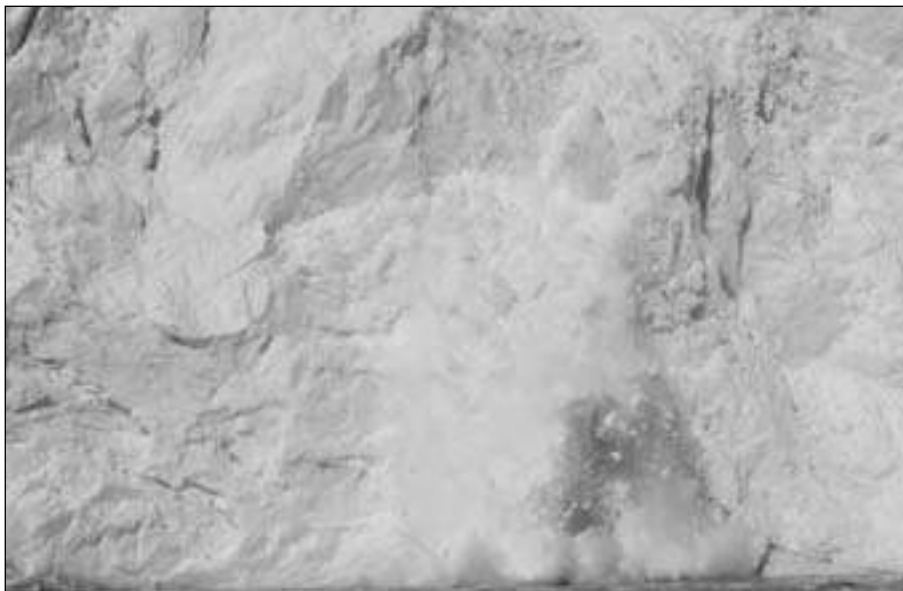
—¿Escribir bajo el aura de un dibujo infantil?, ¿cambiar de mirada? —dijo él con la ironía del animal que atesora alguna equivocación preciada—. Trazos de contornos muy hendidos en paisajes con cumulonimbos. Un ayer enorme. Luces de acero. Más de cincuenta.

70



—Del taller de Luisa anoté —le soltó Tomás, con energía—: *no explícites demasiado, atente al contexto y descarta, ¡limpia! (Paul Valéry dijo: “entre deux mots, il faut choisir le moindre”. Entre dos palabras, elige la menor). Controla los estorbos del narrador al personaje. Déjate de tanta explicación y muestra. Utiliza imágenes. Aléjate de los lugares comunes, y ya sabes que podemos ser irracionales.*

—¿Qué hiciste cuando te espíe desde la ventana, bibliotecaria? —preguntó serio—. Escucha también el fluir de la conciencia y cómo los casquetes de hielo pueden romper el texto. Tus propios icebergs no deben sobresaltar el barco ni desdibujarlo. ¡Chica compacta!, esto te lo diría cualquier cuento corto. Decide antes si vas a escribir una novela, poema o cuento, a no ser que la trama y los personajes se echen en el camino sobre ti como lo haría un libertario oso Grizzly y tengas que rendirte: ¡eso te gustaría! Mas Edgar Allan Poe decía que un buen plan debe ser trazado con vistas al desenlace antes de que la pluma ataque el papel.



—Sobre todo: lee y relee. Ernest Hemingway, Jorge Luis Borges, Raymond Carver, Julio Cortázar, Juan José Millás, Julio Ramón Ribeyro, Marcel Proust, Augusto Monterroso, Stig Dagerman, Marguerite Duras, Carme Riera, Rubem Fonseca, Agota Kristof, Charles Baudelaire, Vladimir Nabokov, etc. ¡ETCÉTERA!

71

—Cuando, por fin, leas cuatro veces el mismo texto, y sientas el vello castaño del párrafo desapercibido cimbrar en tu pequeño mirador, tendrás una experiencia. Al principio, se mostrará débil, aunque salada, parcialmente dispuesta, adulta. A los días, (aunque te vayas a comprar el pan y la prensa diaria), cercado, rugoso y como un contundente absceso, será capaz de abrirte una grieta en el pensamiento.

—¿Por qué obras como *La Regenta* o *Madame Bovary*, escritas hace más de un siglo, siguen siendo tan modernas? —preguntó Luisa al grupo, vehemente—. ¡Buscad los valores universales que harán que vuestro texto perdure!

La bibliotecaria se levantó ágilmente y recogió las pegatinas impresas. Un reloj de cartón con manecillas móviles, sujeto por un imán a la balda metálica de detrás de su cuello, aparecía intermitente entre sus vaivenes; solía hacer de “profesor-reloj” para los niños. Ya amarillento, doblado, y con olor a caracoles.

—¿Quieres que te deje el “profe-reloj” para que te recuerde a tu padre en el trabajo? —dijo Begoña, con tono de encargada de biblioteca, entre severo y complaciente.

—Vale, en la tienda de mi papá hay muchísimos.

Se lo acercó a la niña y se sonrieron con importancia.

—Acepta lo ajeno a nuestra voluntad o no lo hagas, pero escribe sobre ello —dijo el usuario que arreglaba grifos—. En el taller con Espido Freire reconocí a mi impresentable hermano: el trabajo; de insólito material estable, con ojos alertas ante los desnudos probables, siempre reiterativo. A través de sus brazos como insolentes vías de tren, puedes fijarte en el detalle del morir, ¡Begoña!, ¡contemplarte!, ¡llegar al siguiente mojón!

—Escribir también cuando no se tengan ganas —continuó diciendo—, para recordar que no se escribe solo con el corazón. Método y constancia. Espido cree que deben existir escuelas de escritura, del mismo modo que esquemas y preguntas anteriores al texto literario. Utilización de estímulos: memoria, imágenes, música. Verosimilitud. Ella propone la búsqueda de la eficacia. (Me encanta su desmitificación del escritor).

La bibliotecaria se acercó a la bebeteca y recogió dos rosas marchitas. Estaban ya con la cabeza en el tallo, oscurecidas, parecían una regañina. Las tiró a la papelera.

—¡Estoy borrando la casa que tiene la relojería! —dijo la niña, cuando Begoña cruzó a pocos centímetros de su espalda.

Iba a decirle que le parecía preciosa, pero se calló. Siguió caminando hasta el almacén. Había comprado unas margaritas al mediodía, y sus pétalos rosáceos, blancos, amarillos; todos moteados suavemente en beige, ocuparon el hueco del jarrón, sencillo.

72

—Volver a leer en alto el relato de las casas valencianas. Pulir la redacción. Evitar sonidos ingratos. Enriquecer el personaje de Mari: mayor complejidad y dinamismo —escribió Begoña en un post-it, cercano al bote de los lápices—. De todos modos, tendré que reescribirlo para cambiar una parte de la atmósfera inicial, ahora que he visualizado la casa: planta baja y dos alturas, terraza descubierta con vistas a arrozales. La dibujaré —pensó, algo agitada.

Eso no tenía que ver con sus catalogaciones ni con su menstruación y en cambio acudía a ella de un modo vampírico para su cuento, lo que le hizo recordar la conferencia de Carme Riera, veinte días atrás, en el Palacio del Condestable: “los escritores tenemos siempre la antena abierta, preparada para chupar”. Se cruzó de brazos, igual que lo hizo la primera tarde que habló con Tomás y le había asegurado que se plantaba en aquella biblioteca como un olivo esperando sus olivas.

El gélido aliento del mostrador de formica entre los dos. El usuario que arreglaba grifos y había enviudado, prefería escucharle que volverse a casa. El canal, despejado. No era su habitual estilo. Resultaba agradable.

Begoña una noche, directamente, le dijo que también hizo el taller en IPES con Luisa Etxenike, sin prestar atención a sus redondos ojillos. Que años más tarde repitió con Luisa en la Biblioteca Pública de Huarte e incluso fue a Civican para participar en el taller literario con Espido Freire.

—¿No te acuerdas de mí?, ¿aún tienes aquel coche amarillo chillón?

—Sí. Ahora lo suele utilizar mi hijo. Pero está aparcado justo detrás del buzón de devolución de libros. Te puedo volver a llevar a tu barrio, creo recordarte con una bufanda gris y una

mochila apretada sobre un grueso abrigo, mientras nevaba y tú sin paraguas, con aquella chica de pelo corto tan alta. ¿O no eras tú?

No era aquella, pero pensó por un momento que con su abrigo de paño podría tener un aspecto similar: totalmente abotonado, con bufanda oscura.

—Acepto. Ahora vivo en otro piso, cercano al parque, pero en el mismo barrio.

Begoña no sabía qué contarle a él, pero poco le importaba. Le gustaba intercambiar opiniones y puntos de vista acerca de los procesos creativos, que eran los modos de cocinar de cada cual. Sabores auténticos. Le admiraba el jugo del disciplinado alumno, pero más aún el del anárquico trabajador, puesto que ella tampoco creía en métodos, sino en recursos.

—Aquellos talleres no estaban mal —recordó la bibliotecaria mientras sellaba revistas— incluso se podía aprender de uno mismo en un grupo de desconocidos buscadores, a ratos helador. Se hacía acopio de generosos experimentos y del cruce de impresiones surgían amagos de nuevas vías como semillas de melones. La experiencia de las escritoras tocaba aceleradores y embragues. Entonces parecía que había vehículo.

—Frank Sinatra —continuó él— se valió del micrófono y la respiración, de sus interpretaciones en el cine, e incluso de su afición al boxeo para elevar su voz por encima del sonido de la orquesta; Elvis fue a Nashville para aprender de los mejores músicos; Truman Capote supo del látigo, John Dos Passos estudió en Harvard y Hemingway corría el encierro en San Fermín. Quiero decirte, Bego, que a ver cuándo tenemos en Pamplona un Conservatorio de Música como nos merecemos o una Diplomatura en Artesanía de Escribir, en la UPNA, por ejemplo; pero todos sabemos que no habrá nunca un solo barco o modo de desembocar en la mar, ni siquiera la mejor manera. Ahí está el agua y tu lenguaje.

—¡Agua, lenguaje! —repitió Begoña.

En la biblioteca el préstamo se paró casi de repente, y la estancia se volvió una laguna de paz que empezaba a ser más cristalina por la sala de estudio, donde los estudiantes habían abandonado sus gruesos ejercicios y la limpiadora aplicaba ya su fregona.

La niña, cuya amiga la había dejado en su trabajo solitario sin despedirse, corrió hasta el mostrador muy acalorada, con la horquilla medio caída y con coloretos amplios.

—¡Cuántos números rellenando todo el folio! —pensó Tomás—. ¿Qué pone debajo del cinco y del uno?

—*Preguntas* —contestó la niña—. *Orejas para recoger tic-tacs, hojas, y un fantasma con túnica. ¿Se lleva un reloj estropeado? Sale de la tienda, le pillan un coche y no se muere. Mi papá.*

La bibliotecaria la observó por encima de la mesa del mostrador. Le gustaba que fuese una niña que se buscaba, capaz de cambiar el uso habitual de los utensilios, de preguntarse si quería jugar con la peonza o prefería bailar con su madre, y que al mismo tiempo, se guardase para sí la mitad de sus conclusiones. Que utilizara los recursos de la biblioteca para transgredir su mundo sin perder las caricias de su gato, familia, amigos, brisa.

El roce del tacto suave y tibio de su mano al acercar sus trazos —garabatos y arte— en esos momentos de necesidad invisible, no tenía parecido. Begoña no la olvidaba cuando intentaba escribir un cuento en su cuarto-puerto y las cortinas líquidas se la quedaban mirando de repente como un telón de insólito poder decisorio. Eso era algo que le había ocurrido hace unas horas, cuando una amiga le pidió que escribiese sus impresiones acerca de los talleres de escritura en los que participó hace años.

Aquella noche Tomás la llevó a casa. Por un instante deseó que se alargase el recorrido. Era satisfactorio contarle cómo vestían sus demonios en la intimidad del proceso creador. La certidumbre de la finitud. Las pieles muertas que como historias sin remedio se deben devolver al viento o a la hoguera. Las cicatrices perfectamente marcadas de él, con la suerte del reflejo. Ahí, justo al lado. Como feliz consecuencia de un navegar de once meses que se orillaba para descansar un poco, justo antes de la catarsis.

—Mañana por la tarde me iré a Italia de vacaciones —dijo ella, y le miró un instante antes de que su mano abriese la puerta del coche.

—Lo sé —dijo Tomás—. Estrangularé ese tiempo con soltura. Tú, escribe.